

880
y la sal en la mesa del Cacique...
... no puede pagarle con una
traición...

— ¿No? Lea Ud.....

Preparativos de marcha.

XXV

El día 15 de Noviembre de 1876, el Sr. Romero Rubio, que me había aconsejado constantemente medidas de represión, entraba al despacho de la Presidencia intensamente pálido, conmovido; sus ojos, de continuo inquietos, ese día parecían dislocados por una conmoción nerviosa. Sus labios, más blancos que la pechera de mi camisa, palpitantes y secos, no podían dejar salir una sola frase. Compadecido de su estado, ocurrió a servirle una copita de un exquisito cognac que tenía a la mano. Cuando se hubo repuesto después de haberla bebido, el Sr. Romero Rubio, vertiendo lágrimas en el esparmo de un solo ojo, díjome emocionado:

— No hay esperanza, Sr. Lerdo, esta

situación se derrumba. Necesitamos abandonar el país prontamente, antes que una nueva derrota o defeción abran las puertas de la capital a esas chusmas de bandidos capitaneados por Díaz. Acabo de saber que por el Norte los Generales Ignacio Martínez y otros, han arrollado varios destacamentos y avanzan sin detenerse; que García de la Cadena y Rosendo Márquez son dueños de Tacatecas; que los Ceravisto se han enseñoreado de Hidalgo que.....

— Lo sé, todo eso lo sé desde ayer, Sr. Romero; pero allí tenemos a Alatorre, posesionado de la línea de Oriente; a Ceballos que domina por completo en Occidente; a.....
— Señor Presidente, tenemos en contra la fuerza de la opinión, esa opinión pública, que yo he ultrajado con y sin el permiso de Ud. S.....

— Con mi permiso no, Señor! Ud. ha sido por algunos meses el hombre de esta situación que se desploma. Recuerde Ud. Señor Ministro, que ha profesado Ud. y puesto en práctica, tal doctrina de que en política no deben existir más de dos factores: la corrupción y la fuerza. Ud. ha usado y abusado de esos dos factores. No olvide Ud. su famosa cabilunaria en el Congreso, en la que ponía á precio la cabeza del Sr. Díaz. Están frescas en mi memoria las palabras de reproche que á U. le dirigí entonces. Ese discurso declamatorio, violento y tonto (perdone U. mi franquería) nos concitó gran número de enemigos entre las gentes pacíficas. Luego, no satisfecho Ud. con era insignificante torpemente le plugo incitar á los jefes de guarnición en las capi-

tales de Estado, para que entren en abierta pugna con los poderes locales. Algunos de los conflictos surgidos ultimamente entre la Federación y los Estados, son la obra exclusiva de Vd., Sr. Romero Rubio.

Y ahora, que ha puesto V. fuego a la mecha, no tiene Vd. el valor de morir sepultado entre los escombros!

Contra mi costumbre y mis hábitos de educación, me había yo exaltado al pronunciar estas últimas palabras, pero notando cierto fondo de reproche en las frases del Sr. Romero, no pude contenerme más. Parecía esquivar la solidaridad administrativa y política, él, que..... pero no continuó: veritum odium parit.

El Sr. Romero Rubio, alarmado por mi vehemencia, o quizá obrando

bajo la presión de un remordimiento, continuó diciendo:

- Precisamente, como cómplice de una administración impopular, acepto las consecuencias; es decir, acompañaré a Vd. en el destierro..... ¿Qué más puede exigirse de mí? Abandonar una familia es más poderoso de lo que a primera vista parece, y yo abandono mi familia.

Pero hay una cosa más poderosa: el temor de quedarse..... y ser víctima de una arbitrariedad. Le respondí sonriendo. Reasumiendo - continuó - Vd. prefiere viajar que ser fusilado, ¿no es así? Dejemos del nombre de la familia a parte: la familia es sagrada.....

- Sí, sí, muy sagrada.....
Y se echó a llorar.....

x
x x

Quando en Septiembre de 76 el Congreso tubo sancionado mi reelección, estuvo á punto de renunciar la Presidencia, y lo habría hecho así indudablemente, si no ser por la revolución de hallarse la República en plena paz, en gusto hubiera abandonado (~~la R.~~) á otro la tarea de hacer feliz á la patria. Pero en plena revolución, habíase dicho que yo obraba por miedo y no por un sentimiento de civismo. Y qué quieren V.V.! sucumbí ante un capricho pueril e indigno de un hombre de mi edad y de mi experiencia, pero no por eso menos poderoso cuando ejerce su acción en determinadas circunstancias.

La familia herdo, desde mis abuelos, siempre se ha hecho notable por la independencia de

carácter que distingue á sus miembros. Algunas veces esa cualidad degenera en vicio. Yo heredé esas cualidades y esos defectos.

Lo que más me irrita en la órbita de las ideas, es una contradicción; por supuesto, siempre que de mi parte esté la justicia. Así, cuando las primeras palabras de fuga, huida y abandono empezaron á sonar á mis oídos, entré en un paroxismo de furor; ¡Huir! ¿Porqué? ¿Qué crimen había cometido? Yo era la encarnación del Derecho y de la Ley. Yo no había ascendido al poder por un motivo, como Santa Anna, y descendido por un golpe de Estado, como Comonfort. Era el depositario del Poder y ese Poder emanaba del sufragio. Dentro del yo de mi conciencia, me consideraba

moralmente incorruptible, más aún, cuando veía en torno de mí hombres moral y políticamente corrompidos como el Sr. Payno, depravados como el Sr. Goehicq, abyectos como el Sr. Castañeda y Najera, malos como el Sr. Villada, y... y sin embargo, se me acusaba de ser un Sardanañalo, de distribuir mi vida entre la causa de mis queridas y la mesa de mis amigos.....
 Y, ¡poder de Dios! ¿quienes eran estos testigos?

Uno, el amigo Payno, cuando escuchó rumores de huida, vino desde San Angel, expresamente a verme a mi casa. Le plico como que si sabía para el extranjero, le dejara a guardar algunos objetos de arte, para mí preciosos y de difícil transporte. Por lo que sucedió sobrevénir, en-

tragué al Sr. Payno algunos cuadros de los grandes maestros, mi vajilla de plata y muebles antiguos. Entre los primeros se encuentra un Velásquez, que representa un juego de dados, un Van Orstede denominado 'El Novio', un Murbarian que simboliza la entrada a una Merquita y, por último, El Bailo por la maître (Fales). Desde Nueva York supliqué al Sr. Payno, en 1878, que me remitiera los cuadros, pero, por el texto lo malo del tiempo en el invierno de aquella época. Después supe que el Sr. Payno había salido para Europa, realizando sus fincas y bienes de México, con excepción de mis cuadros, los que al presente adornan los salones de su casa de la Avenida Friendland, en París.....
 La familia del Sr. Romero Rubio se quedó con otros objetos,

y yo me fui preparando para
la grande exaltación que no
terminará ni con la muerte...

En Marcha

XXVI

Ese día - 17 de Noviembre! - ama-
necimos en las alturas que dominan
el Valle de México. El carruaje se de-
tuvo: por un lado salté yo la tierra
y por el otro Romero Rubio y Baz. La
atmósfera resinosa de los pinos me
hacía mucho bien á los pulmones. El
sol comenzaba á salir iluminando el
maravilloso paisaje que se extendía á
nuestros pies. El lago de Texcoco á nuestra
derecha, herido por los primorosos rayos,
resplandecía y centelleaba; más allá
los volcanes dejaban ver sus nieves e-
ternas medio veladas por girones de
nubes. Más acá, hacia el Oriente, se
distinguían las planicies desiertas de
San Jázaro; y allá, en el Oeste, sur-
gia la capital, apenas visible